

Deja que los muertos entierren a sus muertos

*

Ensayo leído por Nayareth Pino Luna al recibir el Premio José Nuez Martín por su novela *Mientras dormías, cantabas*

Nayareth Pino Luna
Pontificia Universidad Católica de Chile
n.pinoluna@gmail.com

Hubo una vez un hombre que perdió a su padre, este hombre debía emprender un viaje por el mar de Galilea o el mar Muerto, era uno de esos mares, estoy casi segura. Con el duelo pesándole en los tobillos se acercó al hombre que lideraba la embarcación y le dijo: temo que no puedo emprender este viaje contigo, mi padre acaba de morir, debo quedarme.

El hombre lo miró, no a la cara, este hombre sabía, lo miró a los tobillos, entendió el peso, la dimensión de su duelo y supo qué decir.

Deja que los muertos entierren a sus muertos.

Deja que los muertos entierren a sus muertos, fueron sus palabras. El hombre que las pronunció –cuentan otras historias– multiplicó el vino, el pan y cómo no, sus propias palabras. Primero fueron San Mateo y San Lucas, luego cientos de miles de fieles, o mejor: lectores, llamémoslos así.

“La lectura es el arte de la réplica” decía Ezra Pound. Dos mil años después, este relato que acabo de reescribir o replicar, me encontró cuando trabajaba en las primeras páginas de *Mientras dormías, cantabas* (2021). Una novela, que sabía entonces, se trataba de la pérdida. Yo sin otra religión que la lengua, caí rendida. Sentencia tan radical, sugerente y finita, no he escuchado o esa es mi apuesta.

“Me cuesta creer en la magia de los versos”, escribió Teillier. Y claro, en ese universo pronunciado por el poeta condenado a la cruz, no hay magia. La cruz es madera y esa frase: pan y barro.

Caprichosamente, intenté sopesar la materialidad de ese enunciado. Encontré luego esa frase en Borges, en Tolstói, en Enrique Lihn, dónde más, ayúdenme, ustedes. Ricardo Piglia, en *El último lector*, señalaba: “Para entender hay que narrar otra historia. O narrar de nuevo una historia, pero desde otro lugar. Y en otro tiempo. Ese es el secreto”.

Mi novela sería un homenaje, un espejo a *Alsino* (1922) y a su niño jorobado, linchado, enfermo, en el pináculo del delirio, Jesucristo: la muerte que cargo por arte de ficción. La primera vez que lloré leyendo fue con *La granja de los animales*, no me pregunten por qué. La segunda, fue mientras veía a Alsino caer, un mes de mayo, contó Prado, hecho cenizas: “Desechas hasta lo insoportable... fundidas en el aire invisible y vagabundo”.

Leonor, la protagonista de *Mientras dormías, cantabas*, muere al inicio y al final de la novela. No son sus alas las que arden, como en el final de Prado, sino su aliento consumido por un corazón maltrecho. Leonor se pregunta, también, durante todo el libro y en su muerte: ¿qué hay antes?, antes de todo esto. De esa vida cruzada por la enfermedad, de esa vida miserable que le tocó vivir. Y escribiendo esta historia comprendí: antes de la vida solo hay muerte y esta no es una sentencia de la que tengamos que huir.

Hace unos días, mientras viajaba por Magallanes, vino a mí una verdad tan radical, sugerente y finita como el verso del poeta multiplicador. Los árboles que vemos conviven día a día con la muerte. Solo la fina corteza que los recubre está viva. Dentro de ellos, dentro de sus troncos, albergan la muerte.

Qué son las palabras, me pregunto, entonces.

Muertes entredichas.

Fórmulas para enterrar a nuestros muertos. Para mantener viva la corteza que esconde la muerte.

Teillier lo dijo mejor:

“Palabras, palabras –un poco de aire
movido por los labios– palabras
para ocultar, quizá lo único verdadero:
que respiramos y dejamos de respirar”.